



dio del riquísimo don de la palabra, mandar á las bestias, hacer servir á su provecho la mayor parte de las obras del Criador, y conocer, adorar y amar á este Sér soberano. Así es como el hombre en su alma es semejante á Dios, y ha sido criado á su imágen.

Finalmente, lo que demuestra la superioridad del alma del hombre sobre su cuerpo, es el imperio que ejerce sobre él sin ningun esfuerzo y aun sin preparacion. Como la Escritura nos representa á Dios diciendo: *Sea hecha la luz*, y la luz fué hecha al momento; así la palabra interior del alma, la resolucion sola de su querer, hace al momento lo que dice y quiere. Digo en mí mismo: *muévase mi cuerpo*, y mi cuerpo en aquel instante se mueve; todas sus partes obedecen esta sencilla é íntima expresion de mi voluntad; extiéndense todos los nervios; todos los resortes á una se dan prisa á prestarme un rendido obsequio; toda la máquina ejecuta mis órdenes, como si cada uno de los secretos órganos que la componen oyese una voz omnipotente y augusta. Hé aquí un poder sencillísimo, pero juntamente el más eficaz que puede concebirse, y no hay persona de buen sentido que no conozca que seria lo sumo de la locura y un absurdo insufrible atribuírselo á la materia. «Si las afecciones, llamémoslas así, del cuerpo hacen su cierta impresion en el alma, los incrédulos no tienen por qué inferir de ello un argumento contra la verdad que hemos demostrado. Porque ni ellas arguyen un imperio del cuerpo sobre el espíritu, con cuya enérgica, eficaz y obradora dominacion no son comparables, ni al fin probarán otra cosa sino que el sentimiento, germen de tan varias y prodigiosas operaciones, y objeto de los triunfos y de la regulacion de un alma inteligente y libre, es propio de ella; nobilísima por lo mismo y muy superior á la tosca materia, que por sí sola es incapaz de él y no pasa más allá de ser el vehículo que se lo trasmite al espíritu. Además, como nos negamos á entrar en la misteriosa é indefinible cuestion *sobre los brutos*, no hay por qué objetarnos ciertas semejanzas que se notan entre sus operaciones y las del hombre. Un punto tan reservado y jamás decidido no

»podrá servir de objeccion á una verdad que  
»palpamos; que sentimos dentro de nosotros  
»mismos; que es el fundamento de la moralidad,  
»sobre la cual estriban todas las instituciones  
»humanas y divinas, y sin la cual las  
»leyes, las sociedades y hasta el culto mismo  
»de la divinidad, fuera todo ilusorio, inútil, nada.  
»Véase despues de esto hasta qué punto merecerán ser  
»estimados como *beneméritos de los hombres* los  
»impugnadores osados de estas verdades que acabamos de  
»ilustrar.»

## XII

## SOBRE EL VERS. 9 DEL CAP. II

9 *Produxitque Dominus Deus de humo omne lignum pulchrum visu, et ad vescendum suave; lignum etiam vite in medio Paradisi, lignumque scientie boni et mali.*

9 Y produjo el Señor Dios de la tierra todo árbol hermoso á la vista, y suave para comer; el árbol tambien de la vida en medio del Paraíso, y el árbol de ciencia de bien y de mal.

Entre los árboles del Paraíso terrenal, habia dos particularmente notables: *el árbol de la vida* y el *de la ciencia del bien y del mal*. Del primero dice Voltaire: «Un fruto que conforta y da salud, es fácil imaginarle; otro tanto se dice del coco y de los dátiles, etc.»

Pero el fruto del árbol de la vida tenia una virtud mucho más maravillosa y eficaz, pues no sólo hubiera dado la salud, sino tambien impedido su alteracion y quebranto. Este árbol era muy propio del estado de la inocencia en que fueron criados nuestros primeros padres, y del que era inseparable la inmortalidad. En efecto, como el cuerpo humano no era inmortal de sí mismo, ya que Dios habia determinado que el hombre gozase de este gran privilegio, ¿no era muy conforme á su sabiduría criar un fruto que tuviese la virtud de impedir toda enfermedad que pudiera debilitarle, y el ser lastimado con las sensaciones del dolor, hasta que á su bondad infinita le pluguiese trasladarle á otra más feliz mansion? Pero habiendo caido en el pecado el humano linaje, ó bien perdió la tal virtud, ó aunque la conservase, ningun efecto podia causar en el hombre, á causa de la maldicion pronunciada contra los prevaricadores. Los gentiles mismos parece



que no carecieron por tradicion del conocimiento de este árbol, pues hablan del néctar y de la ambrosia que daban la inmortalidad á sus dioses, y de un remedio ó medicina universal muy celebrado por sus poetas.

En cuanto al *árbol de la ciencia del bien y del mal*, dicen los incrédulos: 1.º, que es difícil concebir que hubiese un árbol el cual enseñase el bien y el mal, así como hay albaricqueros y manzanos; 2.º, ¿por qué no quiso Dios que Adam conociese lo uno y lo otro? Antes bien debiera haberle mandado que comiese mucho de este fruto... Debía Dios hacerle conocer el bien y el mal para que así cumplierse con sus obligaciones. ¿Quería por ventura ser servido de néctos?

A lo primero respondemos que este árbol nada tenia de lo que los impíos *satíricamente* le suponen, ni era maestro, ni vehículo, ni instrumento de la ciencia. Se le dió aquel nombre en virtud del triste resultado que tuvo la desobediencia del hombre que le comió, pues al momento conoció cuántos males habia acarreado á sí y á su posteridad, y de cuántos y cuán poco apreciados bienes se habia privado á sí mismo y á ella. No habia, pues, razon alguna, y con esto respondemos á lo segundo, para que Dios le mandase adquirirse tan deplorable conocimiento; antes bien, prohibiéndoselo, trataba de tener en él y en sus descendientes, no unos servidores néctos, sino *sábios* de verdad. Adam, sin el infeliz conocimiento de este *bien* y de este *mal*, que su pecado le descubrió, era sapientísimo en el conocimiento del *bien* y del *mal moral*, sin lo cual fuera incapaz de pecado; pero érale excusado el conocimiento del *mal físico*, del cual con gran dicha suya y nuestra hubiera carecido siempre, si se hubiese mantenido en la obediencia, pues en este venturoso caso no lo hubiera experimentado. Lejos hubiera estado de él el rubor y el remordimiento de una conciencia criminal, los cuales sintió en sí mismo despues de su pecado, que fué cuando ya pudo comparar la diferencia que habia entre su anterior felicidad y el estado de dolor y de penas á que se veia condenado, de la cual comparacion le vino la desventurada *ciencia* y el triste conocimiento, de

que hubiera querido Dios preservarle para dicha suya y de todos los hombres. No hubo, por consiguiente, árbol alguno que tuviese la virtud física de dar *ciencia del bien y del mal*. Tampoco quiso Dios ser *servido de mentecatos y néctos*, sino de corazones ilustrados y dóciles, que respetasen con sumision sus preceptos y supiesen reprimir el orgulloso deseo de saber lo que ni les importaba ni convenia. La funesta experiencia que los primeros padres tuvieron con su caída, zera por ventura preferible á la felicidad inocente, que ignoraba la falsa dulzura del crimen y sus espantosas consecuencias? ¡Qué lamentable ventaja para ellos, no haber apreciado el gran bien que poseian sino por el doloroso contraste de la miseria en que los sumergió la culpa!

## XIII

## SOBRE EL VERS. 10 DEL CAP. II

10 *Et fluvius egrediebatur de loco voluptatis ad irrigandum Paradisum, qui inde dividitur in quatuor capita.*

10 Y salia un rio del lugar del deleite, para regar el paraíso, el cual desde allí se reparte en cuatro cabezas.

El patriarca de los modernos incrédulos se ha burlado muchas veces y muy sacrílegamente sobre el Paraíso terrenal. «Los intérpretes, dice despues de una traduccion infiel del texto hebreo, convienen bastante en que el Phison es el Phase. Este es un rio de la Mingrelia, que tiene su origen en uno de los ramales más inaccesibles del Cáucaso. En aquel país habia mucho oro, pues lo dice el autor sagrado; mas hoy dia es un canton silvestre, habitado por bárbaros, que sólo viven de lo que roban.»

Por un momento queremos convenir en que algunos intérpretes opinan que el Phison es el Phase. Sin embargo, otros muchos y en mayor número opinan de distinto modo; y aunque el Phase tenga su origen en uno de aquellos *inaccesibles* montes, no es ménos cierto que riega un país fértil y bueno, y que en tiempo de Moisés habia allí mucho oro, puesto que lo habia muchos siglos despues, segun lo atestiguan los autores profanos. La Mingrelia no es dis-



tinta de la Colquide, célebre en toda la antigüedad por sus riquezas. Las fábulas del toison de oro, y los viajes de Friso y de los Argonautas tan ponderados en la fábula, se emprendieron, no por otra causa sino por la mucha fama de las riquezas del Phasis, la cual habia llegado á noticia de estos antiguos héroes, y movidos á formar el designio de robarlas. Strabon dice que los rios y torrentes de los países vecinos á la Colquide llevan en sus aguas granitos de oro, que los habitantes recogen en pieles de ovejas cubiertas de sus vellocinos. Appiano y Eustatio sobre Dionisio el Geógrafo hablan del mismo modo. Plinio pondera las habitaciones cubiertas de láminas de oro de la Colquide, etc. Strabon y Appiano creian que la fábula del toison de oro traía su origen de las pieles de que allí se servian para recoger el oro que se encontraba en las arenas de los rios del monte Cáucaso.

Si la Mingrelia, que, como hemos dicho, es la antigua Colquide, no tiene hoy celebridad por sus riquezas y comercio, depende de que sus actuales habitantes carecen de libertad, de emulacion y de ciencias, y de que los príncipes que los dominan tienen interés en que este país se halle en la oscuridad. Existen aún hoy día en él ricas minas de oro; mas los mingrelianos las tienen ocultas para no atraer con ellas á los turcos. Y así, concediendo que este país lo habitan *pueblos bárbaros*, y que es un *canton silvestre*, podemos sin embargo extender hasta allá el país de Eden, si se cree conveniente, sin que lo embaracen las frívolas objeciones á que acabamos de contestar.

Continúa Voltaire: «Las fuentes del Tigris y del Eufrates distan una de otra sesenta leguas, y en las partes del globo más escarpadas é inaccesibles. ¡Tanto han variado las cosas!»

Esta variacion, insinuada con tanta sátira, nada tendria de extraño despues de la gran catástrofe del diluvio, y de tantas otras revoluciones. Pero á pesar de estos accidentes, los países regados por aquellos dos rios han sido siempre, y son ahora, de los más excelentes. Diodoro Sículo, hablando de las campiñas de los uxianos, entre los cuales se halla el origen del Tigris, dice que es tan extraordinaria la fer-

tilidad de este país, que hasta Babilonia se llevan en bateles sus producciones, bajando por este rio. Quinto Curcio asegura, que el país vecino á las fuentes del Tigris y del Eufrates es tan abundantemente fértil, que es forzoso retirar de sus pastos al ganado para que no enferme con el demasiado comer. Los viajeros modernos atestiguan tambien la hermosura, abundancia y feracidad de las campiñas y cañadas que se ven por allá. En las inmediaciones de Evzeroms crece la cebada y llega á perfecta sazón en cuarenta dias, y el trigo en sesenta.

En cuanto á las fuentes de estos dos rios, parece, por el testimonio de los antiguos, de Procopio, de Jenofonte, de Quinto Curcio, etc., que creian que los dos rios tenían un mismo origen, y es muy creible que despues de los tiempos de Moisés hayan podido variarse sus nacimientos, como sucede muchas veces por terremotos y otros mil accidentes que se observan, con particularidad en los países montañosos. Los hemos visto muy extraordinarios en Lorena durante las grandes lluvias del invierno de 1740 y principios de 1741. Estos rios tienen además varios nacimientos procedentes de diversas fuentes, las cuales brotan por diferentes partes de los montes, y tienen nombres distintos.

Añade Voltaire: «En cuanto al Gehon, si corre en la Etiopía, no puede ser otro que el Nilo; y desde su nacimiento hasta el del Phasis hay cerca de mil ochocientas leguas. Adam y Eva difícilmente podrian cultivar un jardín de tanta extension.»

Pero la Sagrada Escritura, ni habla del Nilo ni de la Etiopía, por donde él corre; habla del rio *Gehon*, palabra hebrea, que significa *correr con impetuosidad*. Asimismo nombra á la tierra de *Chus* y no á la Etiopía. Si algunos escritores antiguos, despues de Josefo, y algunos intérpretes, han tomado al *Gehon* por el Nilo y á *Chus* por la Etiopía, eso no es del sagrado texto.

Voltaire sabia sin duda la exacta situacion del origen del Nilo, pues con tanta puntualidad expresa su distancia del origen del Phase, á saber, mil ochocientas leguas. Tal vez se en-



gaña en una tercera parte. Pero en lo que se engaña ciertamente, es en lo que añade, esto es, que «el rio que riega la Etiopía no puede ser otro que el Nilo ó el *Niger*, el cual principia á más de setecientas leguas del Tigris y del Eufrates, etc.» Con solo mirar un mapa, hubiese aprendido que esta vasta region está fertilizada tambien por otros rios caudalosos. Y es todavía más grosero su engaño, cuando supone que la Etiopía, ó el país del Chus, del cual habla Moisés, está situado al Mediodía de Egipto. Sábese de cierto que el nombre de *país de Chus* se da en muchos lugares de los Sagrados Libros á las tierras que se extienden á lo largo del Tigris y del Eufrates reunidos, y de ahí hasta la ribera oriental del mar Rojo. Puede consultarse sobre ello á Bochart, y se reconocerán dos Etiopías con los antiguos, y especialmente Homero, el cual llama al etiope Memnon, *hijo de la aurora*, es decir, nacido en la Etiopía oriental ó Susiana; y hubiérase llamado *hijo del sol* ó del Mediodía, si hubiese sido de la Etiopía de Africa.

Si Voltaire conociese mejor la lengua hebrea y la antigua geografía, no hubiera repetido sus equivocaciones, añadiendo á ellas expresiones blasfemas. «¿Qué diré de Gehon (estas son sus palabras), el cual corre por la Etiopía, y no es otro, por consiguiente, que el Nilo, cuyo nacimiento dista *mil leguas* del Eufrates? Me dirán que Dios es muy mal geógrafo.»

¡Mil leguas! Poco antes nos decia que eran de setecientas á ochocientas leguas. En la *Bibl. explic.* supone mil ochocientas. Sus crédulos admiradores podrán tomarse el trabajo de conciliar consigo mismo á su patriarca y oráculo Mr. Voltaire. Por lo que á nosotros toca, nos irritamos más de sus blasfemias, que extrañamos su ignorancia y mala fe. Aun en otra parte ha dicho que «es cosa que asombra ver situado en un mismo lugar el nacimiento de un rio de Etiopía y el otro de Africa.» En verdad que esto asombraría si la Escritura lo dijese; pero no Moisés, sino el crítico miserable es quien lo ha dicho, repugnándole el buen sentido y la verdad.

«¿Qué rio es, pues, el *Gehon*, si no es el Ni-

»lo ó el *Niger*? En una palabra, ¿dónde se ha de colocar el Paraíso terrenal?»

Sobre semejantes cuestiones podriamos dispensarnos de contestar. Bastarianos saber que en las lenguas orientales la palabra *Eden* significa en general un paraje delicioso y fértil, un país abundante; á muchos distritos del Asia se los ha llamado así. El Tigris y Eufrates son rios célebres y muy conocidos. En cuanto al Phison y Gehon, varian mucho las opiniones de los sábios, y de allí han provenido los diversos sistemas de los antiguos y modernos sobre la situacion del Paraíso terrenal. Son, sin embargo, tres las principales. La *primera*, le coloca en la Siria, en las cercanías de Damasco; de fiéndela Heideggero, Le-Clerc, y el P. Abram. La *segunda*, en el País de *Eden*, en la Armenia, entre los nacimientos del Tigris, del Eufrates, del Araxes y del Phase, y la siguen el geógrafo Sanson, Calmet, etc. Y la *tercera*, que nos parece más probable, le supone sobre las dos riberas de un rio formado por la reunion del Tigris y del Eufrates, al cual llaman *el rio de los árabes*, que se dividia luego en cuatro brazos con direccion á sumergirse en el golfo Pérsico. Así opinan los autores ingleses en la *Historia Universal*, el abate Bergier, el abate Clemence, etc. Seria necesario entrar en muchos pormenores para poner aquí las pruebas de esta opinion, que habian abrazado ya Bochart, el sabio Huet y otros. Pueden consultarse los citados autores, pues no pertenece á nuestro plan extendernos en los puntos en que varian las opiniones de los sábios, sino solamente contestar á los temerarios sofistas que oponen sus frívolas conjeturas á los hechos contenidos en los Libros Sagrados.

Concluiremos, pues, esta nota, observando que, en la opinion que adoptamos, el Paraíso terrenal estaba situado sobre un canal, que luego se dividia en cuatro grandes canales, con su propio nombre cada uno de ellos. Estaba el jardín en la parte oriental del país de Eden, el cual, abrazando toda la parte meridional de la Mesopotamia, estaba en las inmediaciones de Aram, de Reseph, de Gozan, segun Isaias, XXXVII, 12; Ezequiel, XXVII, 23, y el libro IV de los Reyes, XIX, 12.



Si Voltaire insiste en que bajo esta suposición sería un *jardín grande*, el sábio Micaelis le responderá que no debe confundirse el *país* de Eden con el *jardín* de Eden. Y la misma Escritura, diciendo que Dios había plantado un jardín en Eden, ha distinguido con gran claridad al uno del otro.

## XIV

SOBRE EL VERS. 16 DEL CAP. II

16 *Præcipitque ei dicens: Ex omni ligno Paradisi comedet.*

16 Y mandóle, diciendo: de todo árbol del Paraíso comerás.

Una cosa que en la narración de Moisés espanta el orgullo de los incrédulos, y aterra y confunde su razón, es el precepto impuesto por Dios á nuestros primeros padres. ¿Por ventura la obstinación y la impiedad de estos hombres llegará hasta el punto de disputarle á Dios el derecho de imponer leyes á sus criaturas, y de hacer prueba de su obediencia y fidelidad? Era indudablemente muy conforme á la sana razón, y muy conveniente al estado de la inocencia, que la obediencia del primer hombre fuese probada con un mandamiento como el que refiere Moisés. En cuanto á los preceptos morales, apenas se le ofrecía al hombre ocasión de quebrantarlos. Y así fué necesaria una acción indiferente, que en virtud del mandamiento ó de la prohibición fuese buena ó mala. Y ¿había cosa más natural ni más conveniente, según la condición de nuestros primeros padres, destinados á pasar su vida en un jardín, que prohibirles comer del fruto de uno de sus árboles, el cual, puesto á su vista, les ofrecía ocasión de dar á cada momento testimonio de su obediencia. Este mandamiento, sumamente fácil y suave, no era más que una ligera retribución, necesaria para que de continuo tuviesen presente que Dios era el dueño de todo, y que á la pura liberalidad de este soberano Señor eran deudores de cuanto tenían. Debían tenerse por dichosos de poderle ofrecer este homenaje, respetando su origen y autoridad, y estarle sumamente agradecidos de haberse contentado con una tan ligera prueba y con un mérito tan cor-

to para elevarlos luego á una justicia y felicidad inmutables.

¿Qué hay, ó indigno de la majestad del supremo Sér, ó contrario á la naturaleza y dicha de Adam y Eva, en la elección que hizo Dios de este símbolo sensible, para en cierto modo grabar en él el sello de su soberanía y el título de la dependencia de estos primeros hombres? Si era propio de la sabiduría del Criador dar al hombre un precepto que á un mismo tiempo le hiciese conocer que era libre, pero que tenía un Señor, cuyo era; correspondía también á su bondad el que este precepto fuese fácil de cumplir. Su libertad no era una independencia; y un mandamiento fácil, al paso de indicárselo, no le impedía vivir con felicidad manteniéndose en la obediencia.

## XV

SOBRE EL VERS. 17 DEL CAP. II

17 *De ligno autem scientia boni et mali ne comedas. In quacumque enim die comederis ex eo, morte morieris.*

17 Mas del árbol de ciencia de bien y de mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, morir morirás.

El autor del *Diccionario filosófico*, después de referir la amenaza que hizo Dios al hombre: *En cualquier día que comieres de él* (del fruto prohibido) *de muerte ó infaliblemente morirás*, añade que, «Adam comió, y sin embargo no murió.»

Pero el sentido de las palabras de Dios no es otro sino de *inmortal que eres ahora, te harás mortal*, perdiendo el grande privilegio que plugo á mi sabiduría y bondad comunicarte. Según el Siríaco, Simmaco y los rabinos, *serás mortal*. No quieren, pues, decir estas palabras que Adam moriría en aquel mismo día, sino que desde entonces quedaría sujeto á la muerte, la cual jamás hubiera experimentado si hubiese sido obediente, y que ya no habría momento en que no pudiese morir. Adam, por consiguiente, quedó sujeto á la muerte todos los días, ya que no se le determinase cuál de ellos había de ser. La fruta prohibida que comió fué para él y para su posteridad un principio de muerte, que todos llevamos dentro de



nosotros mismos. Además de esto, en las Santas Escrituras hay muchos lugares en que las mismas palabras se toman evidentemente en igual sentido. El profeta Zacarías, II, 10 y 11, dice que á la vuelta del cautiverio habitaria el Señor en medio de su pueblo, y que *en aquel día* se unirían al Señor muchos pueblos y se harían pueblo suyo; con la cual expresión no significaba que *en el preciso día* de la vuelta muchos pueblos se harían *proselitos* del pueblo de Dios, sino que sucedería así á consecuencia, ó después de la vuelta del cautiverio.

## XVI

SOBRE EL VERS. 19 DEL CAP. II

19 *Formatis igitur. Domine Deus. de humo cunctis a vivanibus terra, et universis volatilibus caeli, adducit ea ad Adam. ut videret quid vocaret ea; omne enim quod vocavit Adam anima viventis, ipsum est nomen ejus.*

19 Luego, pues, que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres, y todas las aves del cielo, llevólas á Adam para que viese cómo las había de llamar; porque todo lo que Adam llamó ánima viviente, ese es su nombre.

En un principio crió Dios á Adam solo, pero con el designio de no dejarle mucho tiempo sin compañía. *No es bueno*, dice, *que el hombre esté solo; hagámosle ayuda ó compañera semejante á él*. Y añade luego Moisés: *Luego, pues, que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres y todas las aves del cielo, los llevó á Adam para que viese cómo había de llamar*, etc.

Por de contado, dice Voltaire sobre este lugar: «Esperábamos que el Señor iba á dar muerte á Adam; pero nada ménos. Púsole presentes todos los animales.»

Mas aunque el crítico no haya visto la conexión de estos dos hechos, la hay en realidad. Con la presencia de las parejas de las varias especies de animales, quiere Dios inspirarle el justo deseo de tener también su compañera, y darle á entender asimismo que entre toda aquella multitud de criaturas de un orden tan inferior al suyo, no hay una que le sea *semejante*, ni pueda ser una *compañera* digna de él. En vano la buscará; sólo Dios puede dársela de la misma naturaleza y orden que el suyo. Instrucción admirable, con la cual el primero de los

esposos aprende en la institución misma del matrimonio, que siendo su compañera de un orden superior al de las demás criaturas que tenía presentes, y de la misma condición que él, debía amarla y respetarla como á sí mismo, y no darla el trato que á aquellas.

Entre los antiguos, y especialmente en los pueblos orientales, el privilegio de imponer un nombre perpétuo era una muestra de superioridad, de propiedad y de toma de posesión. Mandando Dios que Adam pase revista á todos los animales y les imponga nombres, quiere con este acto darle la posesión de la soberanía y dominio que acababa de concederle sobre ellos.

Voltaire además, antes de comentar la narración de Moisés, principia traduciéndola á su manera: «Y así el Señor Dios, habiendo formado todos los animales y todos los volátiles del cielo, llevólos á la presencia de Adam para ver cómo los nombraría; porque el nombre que Adam dió á cada animal, es su *verdadero* nombre.» No tratamos de exponer todas las inexactitudes de esta traducción, y nos contentamos con observar que en ella se atribuye infundadamente al texto lo que no dice: 1.º, la partícula causal *porque*, la cual da variación al sentido, no se halla en el texto como causal, sino como demostrativa; 2.º, ni se halla tampoco el nombre *verdadero*; la *Vulgata* sólo dice: *ese es su nombre*, y el Hebreo, *ello su nombre*. Lo que este lugar de la Escritura quiere decir, es que el nombre que á cada cosa impuso Adam, quedó en la lengua que hablaron nuestros primeros padres y sus inmediatos descendientes. Y como la palabra *verdadero* inserta en la traducción del incrédulo, es el único apoyo de las demás chanzas impías suyas, excusamos refutarlas; puesto que lo que defendemos no es su traducción infiel, sino el texto sagrado.

«No faltan católicos que han añadido la misma palabra *verdadero* al texto, y entre ellos Calmet; y otros, aun sin añadirla, han pensado que los nombres impuestos por Adam fueron los propios y expresivos de la naturaleza de los animales. Mas estos escritores, con la profunda filosofía, con el mucho conocimiento de la energía del texto original, y con la rectitud